

*En memoria de mi madre, Anne Hawley,
quien me enseñó a leer.*

NOTA DEL AUTOR

El nombre en clave de la bomba atómica que cayó en Hiroshima el 6 de agosto de 1945 era Little Boy. Su diseño, una masa de uranio enriquecido disparada contra otra usando lo que se trataba en esencia de un cañón, era relativamente rudimentario, especialmente en comparación con la bomba que destruyó Nagasaki tres días después, la cual usaba una esfera de plutonio y tenía un sistema de detonación a base de implosión mucho más complejo.

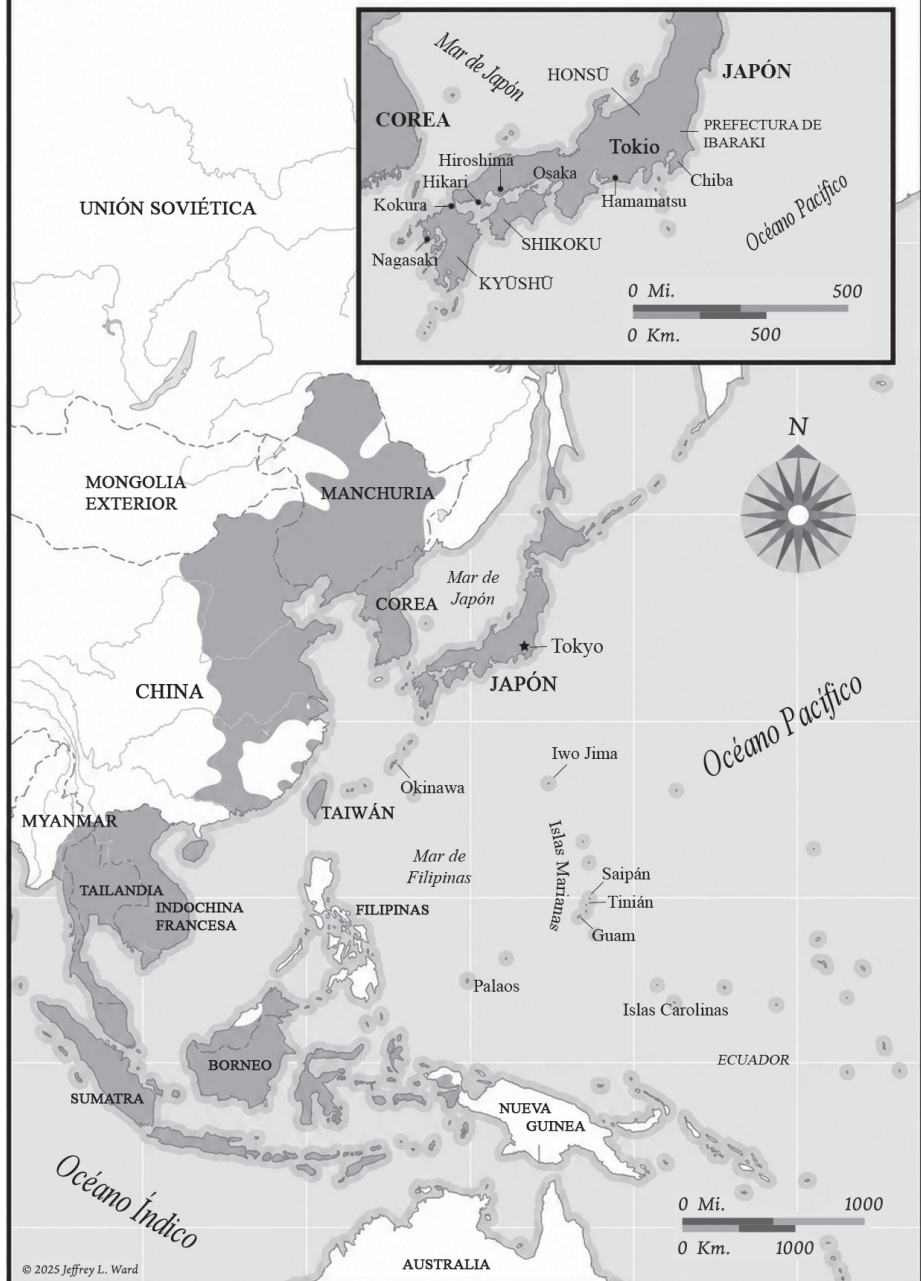
Mientras que el diseño de Little Boy era simple, los sesenta y cuatro kilogramos de uranio que contenía no lo eran. Este material era tan sumamente difícil de producir que prácticamente todos los libros sobre el tema afirman que la bomba consumió todo el uranio enriquecido que Estados Unidos había producido hasta ese momento. Sin embargo, según un documento del Laboratorio Nacional de Oak Ridge, donde se realizó el informe «Beta Calutron Operations, 24 de junio de 1944-4 de mayo de 1947», antes de agosto de 1945 se habían enriquecido más de sesenta y cuatro kilos de uranio.

El uranio enriquecido era tan valioso que se transportaba a través del Pacífico hasta la isla de Tinian en múltiples envíos para evitar que se perdiera. La mitad se transportó por aire en tres aviones de transporte C-54 Skymaster que llegaron a la isla el 28 de julio; según el informe, la única carga a bordo: unos nueve

kilos en un avión diseñado para transportar catorce toneladas. El resto del uranio y un contenedor con la bomba se enviaron vía marítima en el USS Indianapolis y llegaron a Tinián el 26 de julio. Un memorándum sobre este envío («Transportation of Critical Shipments», comandante J. A. Derry al almirante W. S. DeLany, 17 de agosto de 1945) menciona un pesado cubo de plomo que contenía el uranio y una caja del tamaño justo para albergar la bomba de tres metros de largo y 71 centímetros de ancho. Sin embargo, relatos de testigos sugieren que podría haber habido más. Algunos tripulantes recuerdan haber visto dos contenedores subiéndose a bordo. Otros recuerdan el contenedor mucho más grande. El teniente Lewis Haynes, oficial médico a bordo del Indianapolis, lo recuerda «casi del tamaño de esta habitación».

A pesar de estas inconsistencias en el registro histórico, el gobierno de Estados Unidos siempre ha afirmado que una única bomba de uranio Little Boy fue enviada a Tinián a finales de julio de 1945.

IMPERIO JAPONÉS, AGOSTO DE 1945



PRÓLOGO

Una pareja se unió a la fila fuera del teatro Warfield. La película que se iba a proyectar era *Camille*, protagonizada por Greta Garbo y Robert Taylor. Según el anuncio en el periódico: «la historia de amor más conmovedora jamás contada». No la había elegido él. Hubiera preferido ver a Gary Cooper en *Buffalo Bill*. Le gustaban las películas de vaqueros. Eran más sencillas de entender. Pero ella quería ver *Camille*, y él quería complacerla. Así que tomó el bus para cruzar Bay Bridge y se reunió con ella fuera del Warfield para la proyección de las seis y media.

Las noticias desde su país natal no eran favorables. Lo había leído en la portada del *Tribune* esa misma mañana, cuando revisó la hora de la proyección: «Gabinete japonés obligado a dimitir». Los militaristas estaban tomando el poder. Estaría volviendo a un Japón que se encaminaba hacia la guerra. ¿Iría solo? ¿O ella también...?

Le echó un vistazo. Ella sonrió de vuelta con la sonrisa encantadora de siempre, aquella que llenaba el vacío que ahora sabía que había en su interior. ¿Cómo iba a decírselo? ¿Cómo iba a expresar aquellos sentimientos tan abrumadores que no lograba transmitir en palabras?

Estaban a punto de llegar a la ventanilla. Junto a ella había un anuncio de la película a tamaño real, en el cual los dos

protagonistas se abrazaban apasionadamente, el título *Camille* en rojo, y la frase «¡Garbo ama a Taylor!» iluminada.

Garbo ama a Taylor.

«Es tan sencillo en las películas», pensó mientras entraban al teatro.

Ella lloró cuando al final Garbo murió en brazos de Taylor, y seguía secándose las lágrimas tras salir del teatro, mientras él la acompañaba a casa. Continuaron caminando en silencio junto al ayuntamiento. Después se dirigieron al norte, hacia la calle de ella, y supo que no le quedaban más de diez minutos.

La tensión comenzó a acumularse en su estómago, y disminuyó la velocidad de sus pasos.

Se detuvo.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

Él la miró a los ojos, desesperado.

—Yo...

No salió nada más. Luchó por superar el bloqueo, derribarlo o rodearlo. Debía hacérselo saber, o tendría que volver a Japón solo. Y eso definitivamente lo mataría.

—Yo...

Sus hombros se hundieron. Su mirada bajó al suelo. Entonces, una idea le cruzó la mente, y antes de poder reconsiderarlo, una exclamación salió de su boca.

—¡Taylor ama a Garbo!

La mirada de sorpresa en el rostro de ella se suavizó en una sonrisa de comprensión. Lo entendió.

—Y Garbo ama a Taylor —susurró.

Se besaron.

UNO

El comandante Edward T. Houseman salió de su tienda de campaña en la 8ª Avenida y la calle 125 en el distrito de la Universidad de Columbia, y avanzó por la carretera de coral triturado en dirección a Times Square. Eran las once de la noche y se alzaba una media luna que teñía la isla de un gris azulado. A su izquierda, una hilera de barracas *Quonset*¹ y, detrás de estas, kilómetros de pistas de aterrizaje para los B-29. A su derecha, el mar y la playa donde le gustaba nadar. Más adelante, el punto más alto de la isla, una colina conocida como Monte Laso, donde aún quedaban soldados japoneses escondidos en cuevas. Cualquiera de ellos podría estar ahí fuera en la oscuridad en esos momentos, buscando comida o un estadounidense al que atacar. Preparar un almuerzo, cargar los rifles e ir a cazarlos era un pasatiempo popular entre los hombres fuera del horario de servicio.

El comandante giró a la derecha hacia Broadway. Cuando el 509.º Grupo de Operaciones llegó a la isla de Tinian en junio y vio por primera vez todas esas señales de tráfico al estilo Nueva York, rio por lo bajo. Algún bromista en el cuerpo de ingenieros

1 Estructura prefabricada metálica en forma de semicírculo, usada por el ejército estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial.

se había fijado en que Tinián se parecía a Manhattan y, por tanto, las calles debían ser nombradas de acuerdo a ello. Esto ocurrió cuando Houseman era solamente parte del 509.º, nada más que un eslabón en la cadena. Ya no se sentía así. Y las señales no le hacían gracia. La reunión de unas horas antes en el hospital de la base había dejado caer el peso del mundo sobre sus hombros.

La reunión tuvo lugar junto al lecho del comandante enfermo del 509.º, el coronel Paul Tibbets. El general de brigada Thomas Farrell, sustituto del líder del proyecto Manhattan, el general Leslie Groves, también estaba presente. Juntos, habían informado a Houseman todo lo que necesitaba saber, empezando por el secreto bien guardado de que el arma que el 509.º había estado preparando durante meses se trataba de una bomba que desataba el poder de los átomos. Fuera lo que fuera que significara aquello.

—Esto es muy gordo, Eddie —dijo Tibbets en aquel momento, con la voz raspada—. Estamos manejando una fuerza destructiva equivalente a...

Hizo una pausa para tragar saliva.

—Veinte mil toneladas de TNT.

Houseman nunca olvidaría el momento en el que escuchó esas palabras de Tibbets, tumbado en la cama. ¿Cómo era posible que átomos diminutos igualaran una explosión de veinte mil toneladas de TNT? ¿Y qué aspecto tenían veinte mil toneladas de TNT? ¿Sería un montón tan alto como una casa? No, probablemente más grande, quizás como un edificio de apartamentos pequeño. Algún día, cuando todo aquello acabara, contaría la historia con emoción a su mujer, Marion, y a su hijo, Charlie.

—Bien, Eddie... —dijo Tibbets, tendiéndole una mano caliente y húmeda, sonriendo para ocultar la decepción que Houseman sabía que estaba sintiendo—. Parece que serás el hombre que acabará con la guerra. Pero sin presión, ¿vale?

—Vaya, gracias, coronel —contestó Houseman con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Es justo lo que necesitaba!

Una oscura protuberancia en la zona de descanso comenzó a divisarse en la oscuridad. Era una cabaña *Quonset* de color verde oliva como todas las demás, pero se habían esforzado por que

el lugar pareciera más acogedor. Habían plantado arbustos y un poco de césped, y habían colocado un cartel al frente, presentándolo como la taberna Tinián. Cuando no se servía cerveza, era el sitio donde se llevaban a cabo las reuniones informativas de las misiones. Dos soldados armados hacían guardia fuera, inmóviles a la luz de la luna mientras Houseman subía los escalones.

El equipo ya estaba reunido en el interior. Se escuchó un murmullo cuando Houseman entró y se dirigió al frente.

—Bien, escuchad —habló Houseman en tono de mando—. El coronel Tibbets ha ingresado hoy en el hospital. No me preguntéis por qué, no puedo decir nada. Pero me han dicho que va a estar bien, así que no hay de qué preocuparse. Repito: el coronel va a estar bien. Mientras tanto...

Hizo una pausa y observó las intensas expresiones de los hombres.

—Mientras tanto, procederemos con la misión. Se supone que el clima nos dará un respiro y, si no lo aprovechamos, podríamos perder toda una semana. Así que nos vamos esta noche. Esa es la decisión. El Artefacto será trasladado a *Wicked Intent*.

El Artefacto. Houseman echó un vistazo al artillero que acababa de ser asignado al equipo, un comandante de mirada fría de la Marina de los Estados Unidos llamado Samuel Filson. Eran los únicos dos hombres en la sala que conocían la naturaleza del arma. Para el resto seguía siendo un misterio, referido como el «artilugio» o el «artefacto». Sin embargo, muy pronto lo conocerían. Houseman los pondría al corriente de camino a Japón. Estaba deseando hacerlo. Les diría: «bien, chicos, parece que hoy vamos a dividir átomos». Después les soltaría lo de las veinte mil toneladas de TNT.

Guiñó el ojo a los miembros del *Wicked Intent*, los hombres con los que había estado entrenando durante seis meses, con el objetivo de poder dejar caer el Artefacto en cualquier momento. Ahí estaba su copiloto, John Morris, un as en el póker; su navegante, «Billy» Boys, orgulloso de tener el récord en decir tacos dentro de los miembros de la Fuerza Aérea del Ejército; el artillero de cola, «Pappy» de Gerald, escupiendo una bola de tabaco de mascar en una taza; el ingeniero de vuelo, «Hickey» Hicks; y

el bombardero, «Cy» O'Neill, culpable de aquella travesura de robarles la ropa en la playa que tanto había hecho reír a todos.

—Nos toca a nosotros, muchachos —dijo—. Nos encargaremos de lanzar esta cosa.

Houseman se giró hacia el mapa clavado en el tablero detrás de él y se puso manos a la obra.

—Bien, el objetivo principal es Hiroshima. El secundario es Kokura. El tercero, Nagasaki.

—Aviones meteorológicos —dijo, dirigiéndose a las tripulaciones de los tres B-29 que precederían al equipo de ataque para informar por radio de las condiciones de visibilidad—. Despegad a la una y media. Utilizad los códigos meteorológicos del papel azul. No voléis en formación. Manteneos dispersos. Ya sabéis cómo va. Equipo de ataque, salimos a las 02:45 y nos dirigimos a Iwo. Después del encuentro, rumbo 327 grados, altitud 31000 pies.

El comandante Houseman tardó treinta minutos en terminar la sesión informativa, demostrando la eficiencia y concentración que lo habían convertido en la primera opción para sustituir a Tibbets al frente de aquella misión histórica. Terminó de sincronizar los relojes y luego se dirigió al comedor para tomar un desayuno que no le apetecía. Siempre se sentía indispuesto antes de las misiones, y esa vez fue peor. Se sentó lo más lejos posible del olor a beicon y huevos para comer un poco de gachas de avena con azúcar moreno.

Al notar una mano en su hombro, levantó la vista y vio al médico.

—Espero que no las necesites —dijo el hombre, entregándole a Houseman un pequeño pastillero. Dentro había diez cápsulas de cianuro, una para cada miembro de la tripulación en caso de que el avión se estrellara sobre Japón.

Houseman tomó el pequeño paquete mortal y se lo metió en el bolsillo. Consideraba que la situación estaba a su favor, pero no quería ser demasiado optimista. En la guerra, las cosas salían mal. Si a eso le añadías una nueva arma, una bomba nunca antes

usada en combate, la probabilidad de un accidente aumentaba considerablemente. Las bombas de prueba ya habían fallado dos veces en lanzamientos de práctica en Tinián en los días anteriores: una bomba cayó al mar sin explotar y otra detonó poco después de despegar el avión. Evidentemente, había algún fallo en la espoleta de proximidad.

Al regresar a su tienda de campaña en las barracas, Houseman se tomó un momento para rezar en privado, pidiendo a Dios firmeza, valor, éxito en su misión y que la guerra acabara pronto para poder regresar a su hogar en Nueva Jersey. Quería conocer mejor a Charlie, que ya tenía casi seis años. También tenía una sorpresa para Marion: sus ganancias en el póker ascendían a casi dos mil dólares, lo que supondría un buen pago inicial para una casa. Pero primero debía superar aquella misión.

Cuando llegó la hora, se vistió con el mono de combate, recogió su equipo de vuelo y se dirigió al Campo Norte de Tinián. La brisa en su rostro durante el viaje en todoterreno le sentó bien, aliviando el calor que había impregnado la isla durante el día. *Wicked Intent* estaba estacionado en el extremo oeste de Runway Able. Se detuvo bajo la pegatina de un bellezón ligero de ropa con la nariz pintada, imagen que habría sido mucho más lasciva si Billy Boys se hubiera salido con la suya. La tripulación se colocó para una foto. Houseman estaba empezando a sudar, haciendo que el sarpullido que le había salido en las axilas por el calor le ardiera. Un destello cegador brilló en la oscuridad.

—Bien, es suficiente —gruñó Houseman, molesto. Subió a tientas por la escotilla hasta su asiento, con el disco de luz grabado en sus retinas entorpeciendo su visión.

—Maldita sea, no veo una mierda —dijo Billy detrás de él.

El arranque de los doce motores Wright Cyclone de 2200 caballos de potencia rompió el silencio de la noche: se trataba de los tres aviones del equipo de ataque. Además del *Wicked Intent*, había un B-29 que lanzaría paquetes de instrumentos para medir los efectos de la explosión, y un segundo avión para grabar y hacer fotos.

Wicked Intent abrió el camino hasta el final de la pista y giró hacia la brisa. Houseman aceleró al máximo los cuatro